

Marie-Odile Marion*

Los últimos señores de Palenque

En 1977, un profesor de literatura de la Universidad Californiana de Santa Cruz descubre a los lacandones al intentar estudiar el *Popol Vuh*. Lo hace de modo indirecto, mediante la lectura de *El libro de Chank'in*, un relato de los principales mitos lacandones compilados por el etnolingüista Robert Bruce y publicados por el INAH en 1974. Al percatarse de que en la selva de Chiapas una pequeña sociedad indígena sigue reproduciendo su cultura, bajo la férula de su antiguo *t'o'ohil*, crece en el profesor californiano la inquietud por recorrer la brecha selvática anteriormente trazada por una serie de antropólogos, arqueólogos, exploradores, aventureros, misioneros y turistas. Un primer intento por acercarse a los pobladores de la selva lo induce a buscar en México algún tipo de asesoría para lograr su propósito —por lo demás muy legítimo—, no sólo de acercarse, sino de convivir con las familias más tradicionales del grupo lacandón, sin invertir en ello largos meses de precaria y cautelosa estancia.

Los lacandones se muestran desconfiados ante quienes pretenden incursionar en las sendas de su cotidianidad. Una larga historia de relaciones asimétricas entre ellos y las distintas oleadas de explotadores de recursos selváticos, relaciones plagadas de engaños, vejaciones, amenazas y conflictos, los ha orillado a mantener una actitud cautelosa ante lo que puede signi-

ficar un atentado contra su tranquilidad. En cambio son extremadamente hospitalarios con quienes saben convivir con ellos, respetando las normas culturales que prevalecen en el seno de sus comunidades. Varios han sido los que han comprobado en carne propia la gran generosidad de esos mayas de la selva, y uno de ellos es Robert Bruce. Incansable estudioso de la cultura lacandona, dicho antropólogo ha sabido, a lo largo de sus treinta años de trabajo en Chiapas, ganarse la confianza y el cariño de las familias de *hach*

winik, con las que ha convivido en repetidas ocasiones. Su experiencia de tantos años le ha permitido escribir una serie de libros y artículos de reconocido valor científico, en los que, mediante un riguroso análisis lingüístico, reconstruye el sistema simbólico de los lacandones con base en el estudio de sus mitos, cuentos, leyendas y rituales; esta labor había sido realizada de forma imperfecta, inacabada o superficial por cuantos lo precedieron. Gracias a esa intimidad que supo crear y mantener con los lacandones,



Robert Bruce es probablemente el más destacado conocedor de esta cultura autóctona, rica en un sinfín de tradiciones vivas, que permiten la transmisión de valores genuinos, tanto éticos como estéticos; e indudablemente, uno de los que más han abogado con su pluma en la defensa y protección de sus integrantes.

El escritor californiano Victor Perera y el antropólogo Bruce se encontraron un día en el pequeño cubículo que ocupa este último en el Museo Nacional de Antropología de México. Allí nació una insólita colaboración entre ambos, en torno a un libro de etnografía que editaría la Universidad de California en Berkeley, sobre los esfuerzos de resistencia

* Departamento de Etnología y Antropología Social

K'in Paniagua y el joven Mateo modelan la arcilla

Robert Bruce con K'ayum de la Laguna y su familia, Lacanjá, 1954





al cambio expresados por los últimos señores de Palenque. La intención en sí era excelente. Nadie mejor que Robert Bruce, con esa delicadeza que lo caracteriza y con su erudición en el tema abordado, para conducir con seguridad los pasos del literato norteamericano. Se proponía Perera escribir un relato de sus experiencias en la tierra maya selvática, esforzándose particularmente por difundir sus resultados a un público no especializado en cuestiones antropológicas y contribuir así a una mejor valoración de una de las culturas indígenas menos conocidas de nuestro país, lo mismo que de su problemática particular ante la transformación de su medio tradicional de subsistencia y reproducción, la selva tropical del sur de Chiapas. Los estudios antropológicos, para ser buenos, no tienen que dirigirse exclusivamente a un público iniciado en cuanto al manejo de términos, conceptos o métodos de exposición; y no dejaremos de aplaudir la realización de obras etnológicas que sepan captar la atención del gran público, con el fin de

realzar la riqueza de las culturas autóctonas, las que contribuyen a la reproducción del patrimonio histórico-cultural de cada país.

Compartir la vida de una comunidad indígena selvática requiere de cierta dosis de voluntad y generosidad. Aceptar los valores del grupo anfitrión, compartir las reglas de convivencia, adaptarse a las pequeñas o grandes molestias de la estancia en una zona tropical no siempre salubre, aceptar las picaduras de moscos y la incomodidad de una hamaca inestable, contentarse con una dieta quizás poco balanceada, arriesgarse a baños inesperados en lagunas inhóspitas y al deterioro del equipo de grabación o filmación; en fin, enfrentar la obligación de cambiar radicalmente las costumbres, la comodidad y la seguridad no es un compromiso que todos aceptamos tomar; y Perera se arriesgó, hay que reconocerlo, de buen grado. En su texto se advierte la presencia constante de Bruce, no sólo en el papel de intermediario, al principio de la estancia, sino también como intérprete y asesor pertinente

y suspicaz, durante los dos viajes a Nahá. El papel que jugó Bruce a lo largo de esa colaboración literaria fue discreto, aunque imprescindible para la realización del libro. Se encargó mayormente de la introducción, elaboró una bibliografía comentada y eliminó del manuscrito original los excesos de imaginación de su coautor. Pero no se permitió —y su posición en última instancia es entendible— corregir los excesos de subjetivismo en los que cae y recae con manifiesta frecuencia el aprendiz de etnógrafo. Es precisamente un constante esfuerzo por guardar la serenidad y objetividad lo que permite al etnólogo diferenciarse del novelista. El compartir durante dos meses la vida de una familia indígena no hace de un buen literato un antropólogo cauteloso, que tendrá como objetivo central observar y analizar una cultura para transcribir sus aspectos fundamentales, evitando siempre emitir juicios de valor —por lo demás estrictamente personales y a menudo injustificables— y comprometer con sus comentarios la integridad moral de

quienes generosamente le abrieron la puerta de su intimidad sociocultural.

Acaso Perera no estuviese enterado de lo anterior, pues su texto se caracteriza por una insólita insistencia en pintar cuadros en extremo subjetivos que no dejan de extrañar e incluso de indignar. Revisemos brevemente algunos de los muchos momentos en que el interés que suscita la lectura de sus capítulos fue repentinamente sustituido por la inconformidad y a veces por el enojo.

En primer lugar, cuando en el libro se alude a los lacandonnes, el autor se refiere a los verdaderos lacandonnes, e implícitamente a los de Nahá; puesto que los demás miembros de la etnia, residentes de Metzabok o Lacanjá-Chansayab, por haber aceptado el evangelio y abandonado consecuentemente sus prácticas rituales, no merecen ya ser siquiera identificados como *hach winik*. No sería tan grave la equivocación —no se puede exigir de Perera que entienda la complejidad de los mecanismos de identificación étnica— si no fuera tan radical el novelista en sus juicios críticos. Resulta irritante leer que los miembros del grupo sur (Lacanjá Chansayab) conforman una “mafia”; aparte de ser equivocado el uso de dicho término, resulta irrespetuoso —en un libro que pretende ser etnográfico— referirse de esa manera a una comunidad indígena, por muy antipática que pueda parecer al autor.

Por otra parte, la admiración de Perera hacia el *t'ohil* de Nahá, totalmente justificable a nuestro parecer, lo lleva a emitir juicios un tanto tajantes en contra de quienes manifiestan ideas distintas o se comportan de forma más liberal que el mismo patriarca lacandón, obviamente conser-

vador a sus 85 años de edad. Sin duda Perera actúa de buena fe cuando quiere detener la historia e imponer a los lacandones un marco de reproducción cultural al que posiblemente ya no aspiran. La carretera que une Nahá al mundo moderno no sólo traerá la aculturación —por lo demás inaplazable en toda sociedad, por muy marginal que sea—, sino también médicos, alimentos y otros satisfactores básicos a los que todos, incluidos los lacandones, tienen derecho. Los lacandones de hoy no son los que conoció Robert Bruce hace treinta años, ni eran aquéllos que conoció Alfonso Villa Rojas en 1940; tampoco los que acompañaron a Alfred Tozzer a principios del siglo o a Désiré Charnay a fines del siglo pasado. Cada ser humano lleva en sí la inquietud por lograr una vida mejor, y somos tan progresistas los humanos que nunca hemos dejado de buscar en el cambio social opciones legítimas de una vida mejor para nuestros hijos. El romanticismo de Perera no molestaría tanto —el caso no es nuevo— de no ser porque se permite condenar con cierta condescendencia a quienes escogen el camino —a su parecer equivocado— de la modernidad y establece juicios de lamentable severidad en contra de quienes así lo defraudaron.

Incomodan grandemente sus comentarios sobre varios jefes de familia de Metzabok, de Nahá y sobre todo de Lacanjá-Chansayab, al ofrecer una visión completamente distorsionada de los conflictos internos que separan a su juicio, a los grupos del norte y del sur. En ocasiones lanza ciertas acusaciones, intolerables en un libro que se pretende científico. A lo sumo debería haber omitido señalar nombres. Ningún antropólogo, por muy bien intencionado que sea, tiene el mínimo derecho, por simple ética (ni siquiera profesional), a introducirse en las relaciones so-

ciopolíticas de las etnias en estudio, con el propósito de ofrecer una opinión personal y por ende subjetiva sobre el particular. Se intentaría, si acaso, limar asperezas entre los grupos que se caracterizan por sus disensiones, pero no exacerbarlas. Cabe preguntarse si Víctor Perera, al inmiscuirse en las diferencias que prevalecían entre ambas comunidades —y tomar partido, obviamente—, se percató de que su actitud y sus declaraciones podían ayudar a arruinar los esfuerzos invertidos en consolidar la organización de un grupo por demás amenazado por influencias externas y desestabilizantes. Quiero pensar que no fue así.

Un libro de etnología siempre regresa a quienes permitieron su elaboración y que con su confianza, paciencia y amistad contribuyeron en gran medida a su realización. Los lacandones leerán algún día la versión española de *Los últimos señores de Palenque*, así como han tenido entre sus manos la mayor parte de los textos científicos o de divulgación que sobre ellos se han escrito; ciertas consideraciones fantasiosas de Víctor Perera pueden llegar a afectar la susceptibilidad de los seres involucrados a lo largo de los numerosos capítulos de la obra, y provocar que en lo sucesivo tengan más cautela al abrir sus hogares a quienes tenemos interés, preocupación o amistad por ellos.

En última instancia, una visión romántica y subjetiva de los fenómenos sociales puede ser aceptable, si ésta no se acompaña de connotaciones condescendientes y hasta irrespetuosas para quienes se prestaron a la experiencia del intercambio y de la convivencia.

En síntesis, podríamos contestar a Víctor Perera que la cultura no es estática y que no es preciso encerrarla en el Museo Metropolitano de Nueva York para protegerla de intrusiones modernizantes. Una sociedad que se empeña en frenar su dinamismo cultu-



ral se condena a la atrofia y a la recesión; y a ningún antropólogo o escritor le corresponde jugar el papel de asesor cultural de ninguna etnia, por muy urgente que le parezca hacerlo.

Los lacandones han experimentado en 1938 la pena de ser exhibidos como atracciones humanas en la gran feria de Jorge Ubico, en Guatemala; repetidas veces fueron visitados por turistas que andaban en busca de exotismo y de primitivismo. Hoy día amenazan con cortar su larga melena y trocar su "cotón" blanco por un traje occidental. Detrás de tantos cambios que no dejan de ser superficiales, permanece y se reproduce la cultura de esta pequeña etnia maya, con las modificaciones que sus integrantes han juzgado pertinentes.

No se acabaron los lacandones con la entrada de una carretera a Metzabok, Nahá, Lacanjá o Bethel; y si se les quiere considerar herederos de Palenque, Yaxchilán o Bonampak, no hay ninguna razón para pensar que sus hijos no puedan, a su vez, heredar dicho legado histórico. Más grave es la amenaza que pesa sobre la selva, por el constante avance de las brechas de deforestación. Una cultura selvática que pierde los elementos necesarios para su reproducción tecnocómica y para su identificación simbólica en el marco natural de su inserción tradicional, enfrenta la amenaza de encontrarse sin posibilidades de interacción con su marco ecológico ya adulterado por intervenciones ajenas a su voluntad. Compartimos la preocupación de Perera, y con él de Bruce y de todos los estudiosos de la selva y de sus moradores, por el pe-

ligro que no deja de pesar sobre los altos bosques de caoba, zapotáceas, ceiba, cedro, guanacate, guapaque, coralillo, canshán, bari, etc. . . Con ellos, no dejaremos de abogar en favor de una mayor y más cuidadosa protección del bosque tropical, tanto por la importancia que tiene como regulador ecotérmico, cuanto por ser el nicho insustituible de reproducción de la cultura maya lacandona, que al igual que todas las otras culturas indígenas mexicanas, se funde en nuestro presente para enriquecer el patrimonio histórico social que nos legó el pasado.

Junio de 1986



Perera, Victor and Robert D. Bruce, *The Last Lords of Palenque: The Lacandon Mayas of the Mexican Rain Forest*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1982.

Perera, Víctor y Robert Bruce, *Los últimos señores de Palenque*, Barcelona, Argus Vergara, 1984.

Los cinco lacandones que fueron exhibidos en la Feria Nacional de Guatemala, noviembre de 1938

Ilustraciones tomadas de The Last Lords of Palenque, de Perera y Bruce